



Así transcurrieron los días

Valeska Fabiola Moya García

Colección: Narraciones

Así transcurrieron los días

(Tres cuentos)

Valesska Fabiola Moya García

«Apia»

*Bilwi, con mucho cariño para mis
más apreciadas amigas.*

En la distancia se ve un velero, parece un pequeño barco de papel en medio del océano, resplandece como oro por el sol del atardecer. La pequeña Shana, sentada en el viejo muelle con los pies colgados, mira con emoción el espectáculo. Todas las tardes le gusta ver la llegada de los barcos pesqueros que vienen de los cayos, cargados de camarones, langostas, caracoles, punches, en fin, cargados de los muchos y preciados tesoros que nos regala el mar.

Ella vive cerca, en una de las tantas casitas de tambo rodeada de palmeras, sin cercas, libres de fronteras, esas casitas de donde cada mañana se desprende el rico aroma de las tortillas de harina, jenicake, gallo pinto con coco, pan bon y el inconfundible café.

Su mamá, una criolla de figura alta y esbelta, con ensortijada cabellera sostenida por ese turbante de arcoíris, con ropa siempre fresca por el calor local, doña Debby, mujer trabajadora que la ha tenido que criar sola, por esos desaciertos del destino. «Shana, ven acá, ayúdame niña, tenemos mucho por hacer antes de ir a la escuela y recuerda que debo llegar temprano a mi trabajo, si no, no comemos», era la retórica diaria. Pero, la niña de carita redonda, tez morena, ojos vivos y cabello al hombro como el de la madre, solo que libre al viento, no la contrariaba.

Así transcurrieron los días entre la casa, el colegio, las visitas al viejo muelle por las tardes y los domingos a la Iglesia Morava Criolla Central. Era el único día que se veía a Shana con diminutas trencitas, pegadas magistralmente a su cráneo, ya ordenadas como pelotón o haciendo graciosas figuras, como los jardines de los palacios europeos. Shana crecía feliz.

Pero dentro de la rutina, lo que más ansiaba con voracidad, era la llegada de cada sábado, porque la señora Debby Cuningham le preparaba el paraíso: plantintan, queque de arroz, yuca o quequisque, guabul, totó. El almuerzo era todo un banquete, el delicioso rondón de cerdo ahumado, porque «de tortuga NO, mamá, pobrecitas. Eso no se debería hacer», decía la niña. «Yo las veo todas las tardes sobre su caparazón, amarradas y tristes. Un marinero me contó que ellas lloran, mamá, lloran cuando las agarran y les acercan los cuchillos a sus cuellos.»

—Deja ya de llorar hija, es el ciclo de la naturaleza.

—Sí mamá -respondió Shana-, pero cuando vamos al mercado y veo sus enormes cabezas desmembradas del cuerpo sobre todas esas mesas, no puedo dormir. Te juro que no duermo.

—Ya niña, mejor cuéntame, ¿cómo está eso que don Andrés Pinock? Me puso quejas de ti. ¿Qué fue lo que hiciste?

—¿Yo? Bueno, la verdad es que, no sé... Yo tampoco sé por qué se enojó, si hasta le pedí permiso.

La mamá la quedó viendo. Esperando su argumento.

—Mira mamá, en el patio de don Pinock tiene un palo de mango de rosa. Estoy más que segura, que ese es el único palo de mango de rosa en todo Puerto Cabezas. De otro tipo aquí hay muchos, pero de rosa no. Tú sabes bien lo mucho que me gusta.

«Cuando venía de clases, como siempre, pasé por su patio para llegar a casa y ... ¡Ah, mamá!, cuando vi los mangos ya maduritos en el palo, hasta que escupía agua. Yo solo llegué, lo saludé y le dije que si me daba permiso de cortar mangos. Él me respondió: «Apia». Sin pensarlo, corrí, me subí al palo y me apié cuántos mangos pude. Entonces, él desde el suelo gritaba no sé qué. Estaba rojo, rojo y se arrancaba los pelos de la cabeza; llamó al Káiser y me lo echó. A como pude recogí mis mangos y me vine corriendo. Yo creo que se enojó porque apié un montón de mangos, pero él me dio permiso.»

La señora Cuningham se lanza una risa de esas que espantan al más fiero y despiertan a cualquier muerto.

—Hija, hija, hija... Tanto que te he dicho que aprendas a hablar miskito. Don Pinock no te dio permiso de cortar sus mangos, te dijo «Apia», que no es de apiar o cortar. Apia en miskito significa No. Por eso, de tan molesta que estaba, hasta el Káiser te echó. Vení.

Después de un Te amo, le montó un beso en su mejilla y la abrazó. Ambas, muertas de la risa, almorzaron frente a la ventanita azul de su casa.

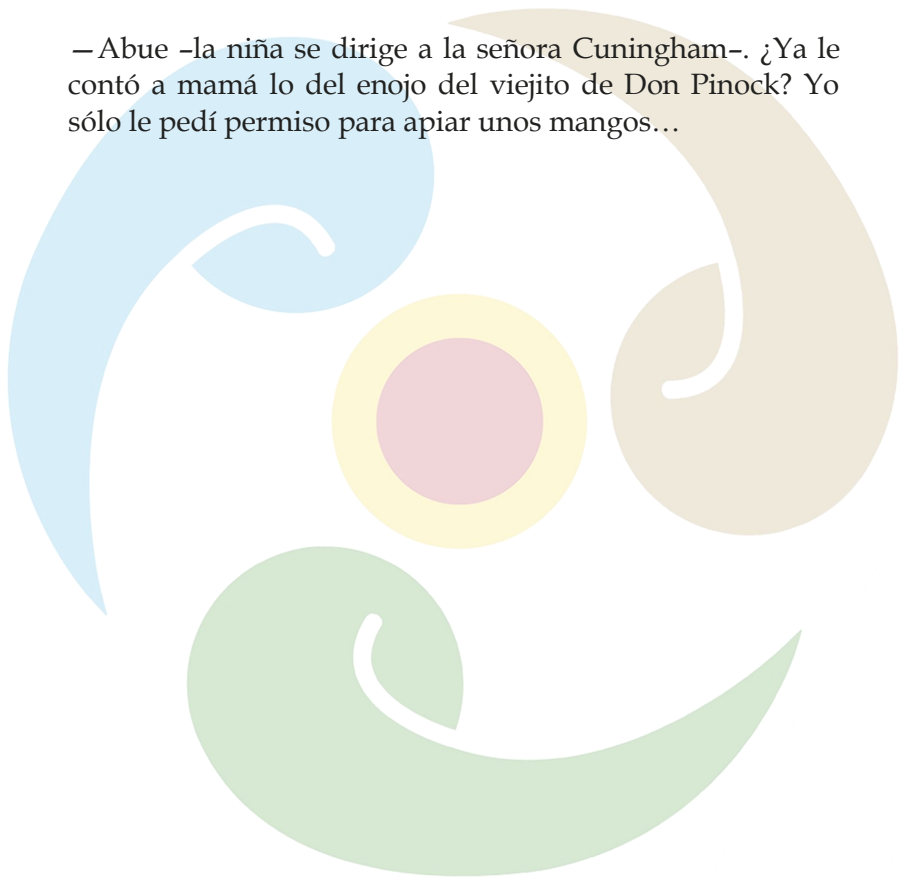
Muchos años después, en aquella mesa dispuesta frente a la misma ventanita, desde donde se ve el vasto océano y se siente la salobre brisa marina envuelta en los ecos de las olas que rompen en el viejo muelle, Shana se dispone a servir un delicioso rondón a su madre ya envejecida y a su

pequeña hija, Princess.

— ¿De cerdo? —preguntó la pequeña.

— Sí —respondió su madre—. Ya sabes que no me gusta comer tortuga.

— Abue —la niña se dirige a la señora Cuningham—. ¿Ya le contó a mamá lo del enojo del viejito de Don Pinock? Yo sólo le pedí permiso para apiar unos mangos...



El cofre del abuelo

*A mis bisabuelitos, gracias por
tan bello regalo: mi madre.*

La pequeña Maristela buscaba feliz el cofre de pino encantado de don Santiago, hasta que al fin lo encontró. Era nada menos que el diálogo del Güegüense en manuscrito, ya en un amarillento y raído pergamino, casi traslúcido que la llenaba de escalofríos. Parecía que se deshacía entre sus pequeñas manos, Deja eso allí pequeña traviesa, es herencia de la abuelita Pina de Diriamba. Y así lo hizo, con sumo cuidado lo guardó en el fondo del cofre mágico, con esa luz de ángel en su rostro curioso.

Don Santiago sacó algo más del cofre y lo entregó a la niña, Ahora sí vamos a practicar tu lectura. La pequeña era de corta estatura, carita redonda y de frágil figura, dos trenzas se columpiaban sobre sus hombros, tejidas con el encanto que sólo la dama de los pájaros podía hacer, envueltas con una cinta rosa que ondeaba al viento.

Y es que ella era su niña amada, jugaban a la venta con billetes de hojas de mangos y siempre la sobornaba con cinco riales cuando esta la castigaba. Bueno, la castigaba con una colcha que hacía llorar tanto a la pequeña Maristela, que exclamaba: No regresar más a casa si no pagan sus cinco riales. Y así era la dama de los pájaros, la mandaba a vender alguna gallina para conceder el reclamo de la niña.

Pero era don Santiago quien la llevaba a esos dominios lejanos y encantados, era el abuelo perfecto. La chiquilla les robó hasta su intimidad, ella dormía empiernada con la dama y el Tatita, como decía a don Santiago, dormía en otra tijera. Nunca supo desde cuándo fue así, pero cuando

abrió sus ojos al mundo, amanecía entre el pecho de aquella dama.

Don Santiago, un majestuoso de la guitarra y con voz privilegiada, todas las noches le cantaba tangos de Gardel y Libertad Lamarque en el patio de su casa, rodeada del jardín más bello de Nandaime, bajo las sombras de la tenue luz del candil, cuando los pajaritos dormían en las casitas que, con gracia, la dama disponía sobre los árboles. Así soñaba la pequeña Maristela, soñaba como dentro de un cuento...

Sucede que su padre murió en un accidente, cuando era una bebé. Él era hijo único del matrimonio de don Santiago y su dama, una tereseña blanca de perfilada figura, ojos almendrados color miel, con una larga y fragante cabellera. Amaba con devoción a don Santiago, un mulato descomunal que solo tenía ojos para su dama. Ambos se entregaban por entero a la pequeña, la que veían como el regalo que su hijo les dejó. Eso fue lo que nos contó Doña Manuela, madre de Maristela, quien salió a trabajar para ayudar con el sustento de la niña y su hermanita.

–Maristela, la lectura –dijo Tatita. Ella, con emoción, recita: «la niña corría saltaba jugaba en el verde campo feliz lleno de gratos olores colores y...»

–Maristela, respira. Las comas y los signos se respetan para saborear y comprender la lectura –y con cierto asombro se preguntó mentalmente cómo hacía el Tatita para saber de eso, si estaba acostado en su hamaca con los ojos cerrados y sin ver el libro que sostenía en sus manos. Lo consideraba un genio.

La niña era feliz, disfrutaba las lecturas vespertinas donde conoció a don Quijote, habló con Sancho, lloró mucho en la

cabaña del Tío Tom, viajó con Ulises y peleó al lado de Aquiles. Pero, hubo alguien que robó su corazón, un poeta nicaragüense, joven y genio que hablaba de musas y Versalles; viajó en sus góndolas, recorrió el tren de su Nicaragua natal, nadó en sus hondos caminos y sus profundos pensamientos, sintió en su ser ese frío terror a la muerte. Conoció lo desconocido y anduvo en todo un mundo de ensueño.

Fue don Santiago, ese mulato que no llegó ni a secundaria, ese hombre de melodiosa voz, educado, leal, el del cofre encantado, el que introdujo a esa niña en el mundo de las corvas y negras naves frente a Troya, en los palacios de los sultanes y sus mágicas alfombras y en ese mundo azul del joven poeta que marcó para siempre con indeleble tinta su alma de niña, su sueño de princesa y su vida de mujer, esa pequeña nos ha llevado a muchos a soñar, desde niños la acompañamos en el jardín de la dama de los pájaros, hurgamos juntos el cofre del Tatita y hemos recorrido el mundo y el universo en cada página de un libro o un cuento.

Ahora, esa pequeña conduce su góndola llena de ninfas y príncipes, contando bellas historias a los pequeños de este nuevo y tecnológico mundo, a ellos les cuenta la historia del joven poeta y los pequeños sueñan en el jardín encantado... cuando «el astro de la niebla sobre tul, florecía en campo azul, como lirio de alabastro». Esa pequeña que fue un día, hoy sigue su camino con la reina Mab y su cortejo. Hoy es mujer, profesional, madre y abuela, pero hay algo que ella nunca olvida ni olvidará: El cofre del abuelo.

El misterio de Chilito y la cabra Negris

Para mi única cuñada favorita....

Doña María, mujer de menuda estatura, piel trigueña y lacia cabellera negra, siempre peinada en una moña al cuello y a la cual la vida le otorgó siete hijos e hijas, la menor, de la que nos ocuparemos hoy, es la Chilito.

Vino al mundo en pleno calor del verano. Ahí, en una de las tijeras del cuarto, la recibió la partera comunitaria. Nació cubierta por una maraña de pelos y con los ojos pequeños azabaches, reconociendo los rostros que con asombro la observaban, toda pequeña y raquítica, pero con aliento de vivir y escudriñar el mundo. Ese día peculiar, en el cuarto había un raro aroma, como de flores. Así lo describió la Maché, su hermana.

—Es que mi mama no quiso comer nada con la barriga de esa chavala, todo lo vomitaba, lo único que la sustentaba era la leche de la Negris, la cabra.

La Chilito creció con la bendición de Dios, dice Maché, mi mamá salía a trabajar para darnos de comer a todos y nosotros cuidamos de la niña, ella siempre andaba sola por el patio, jugaba con la vaca de los Marencos, el chompipe y el chanco; su larga y azabache cabellera le cubría hasta la rodilla y emanaba el mismo olor a flores que sentimos en el cuarto cuando nació. Pero, con quien siempre se nos perdía era con la Negris, hasta ahora no sé si era ella la que hablaba con los animales o ellos le hablaban a ella.

Uno de esos días se nos perdió toda la mañana, yo estaba preocupada buscando a la chavala y pensando «¿Con qué le voy a salir a mi mama?» Salimos a buscarla por todos lados hasta el cansancio. La encontramos en un rincón de

la cocina, por el taburete de mi abuela Pancha, acostada y bien dormida, pegada a la teta de la cabra Negrís, dócilmente echada.

Desde entonces hay que andar detrás de la Chilito. «Cuiden esa chavala», nos decía mi mama, «cuidado un día con las crías de la Negrís.»

La cabra bandida ya tenía medido el horario, se nos metía a la casa a las siete de la mañana y la Chilito corre a pegarse a la Negrís. A las cuatro de la tarde sale, en una manito lleva su banquito y, en la otra, una ramita para correr al cabrito. Cada vez que llegaba, la cabra levantaba la pata y la Chilito, muy cómoda, pone su banquito y se pegaba ansiosa a la teta de la cabra.

La niña era juguetona, lucía sus cabellos azabaches que, con el pasar de los días, se le hacía más difícil amarrárselo. «Es por la leche de cabra que toma», decía la abuela. «Si hasta arrastra ese pelo.»

La Chilito era una niña feliz, hasta que cierto día, en medio de su rutina, se apareció el cabrito de la Negrís, ya no tan pequeño, y la golpeó. Fue tanto que pensamos lo peor, pasó sus buenos días en el hospital bien golpeada, pero gracias a Dios salió bien.

Mi mamá regaló a la Negrís, eso fue lo que nos dijo. Para cuando la Chilito volvió a la casa no la encontró, desde ese momento nada fue igual. Ella despertaba por las mañanas y ya no salía a jugar, sus cabellos cambiaron de color, primero a café, otro día a rojizo y días más tardes, su tono fue verde musgo como la lama sobre las piedras del arroyo. «Se nos va a morir esta chavala», pensaba. Ella no quería comer y el cabello se le iba acortando.

Aquella niña feliz, de audaz andar y ojitos saltones, ya no existe. Pasado el tiempo, en el sendero de los mangos, bajo un viento frío inexplicable, de pronto la vimos por primera vez fuera de casa, fue escalofriante. Maché, al recordarlo, se le ponía la piel de gallina, y sollozaba. La Chilito iba sola por aquel sendero, hablando a saber con quién; sus cabellos cambiaban, volvió a ser azabache y muy largo, fue la última vez que la miré.

No pudimos alcanzarla, cuando llegamos al final del sendero, cerca del arroyo, por unos instantes logramos ver a la Negris entre la niebla, y salió corriendo o volando, en medio del campo.

Mi mamá nunca nos dijo qué había pasado, en realidad, con la Negris. Siempre, cuando cae la tarde en aquel sendero, hay un viento diferente, un color distinto y un aroma a flores despedido de los cabellos de la Chilito, el mismo aroma que impregnó el cuarto donde ella nació.